Simbad

N.º 2

Simbad
EL GRAN AMIGO DEL PENECA

SIMBAD EL MARINO

CAPITULO II

Himbad, un pobre mandadero, se lamentaba de su miseria ante el palacio de Simbad el Marino. Conducido a presencia de éste por el capitán de los guardias, el quejumbroso temió ser llevado ante el Califa para que él le sentenciara a recibir cien palos en la planta de los pies. Simbad el Marino, sin embargo, no estaba airado y dijo al mandadero.

—Piensas que las riquezas llovieron sobre mí sin que yo tuviese que mover un solo dedo para obtenerlas. Tal idea te subleva. Pero comprenderás tu error cuando te refiera mis aventuras.

Himbad, confuso, inclinó la frente. Los demás invitados se acercaron a Simbad el Marino, a fin de no perder palabra de su relato.

—En mi juventud heredé una brillante fortuna que gasté a manos llenas. Con el último maravedí, desaparecieron mis amigos. Reuní algún dinero que se salvó del derroche y salí de Basora con varios mercaderes, en un buque fletado a nuestras expensas. "Mercábamos en los puertos y empezábamos a acumular buenas ganancias. Cierta mañana divisamos una pequeña isla, casi a flor de agua. Seis pasajeros desembarcamos para merendar en tierra firme, libres del balanceo del barco. La isla tembló de repente con espantosa violencia. Nos gritaron de a bordo que estábamos sobre el dorso de una ballena. Cada cual se salvó como pudo; unos a nado y otros en la chalupa, dejándome a mí sobre el monstruo, que se hundió en el abismo de los mares. Alcancé a sostenerme de un madero que habíamos llevado para hacer fuego y esperé. El vórtice de las aguas me devolvería a flote. Cuando salí a la superficie, ya el barco se alejaba a toda vela. Mis compañeros pensaron tal vez que yo había muerto. Dos días estuve a merced de las olas, en la situación más angustiosa del mundo. La marea me lanzó finalmente contra una isla. Medio muerto de fatiga, luché por subir el acantilado, aferrándome a las rocas cubiertas de algas y a las raíces de algunos árboles que allí crecían.

"Jadeante, con la vista nublada, sintiendo en mi cuerpo mil lan-

zazos de dolor y fatiga, llegué hasta un manantial. De súbito, un hombrecillo apareció ante mí.

"No pude pronunciar palabra. El enano me dió de beber, y, cuando logré incorporarme, él me guió hasta una gruta, donde vi a muchos hombrecillos reunidos.

"Me sirvieron alimentos para que me recuperara por completo.

"—¿Quiénes sois? —pregunté, observando con sorpresa a aquellos seres de barbas algodonosas y cuerpecillos rechonchos. También ellos me examinaban. Les parecía raro tal vez conocer a un hombre que era tres o cuatro veces más alto que ellos.

"—Somos palafreneros del rey Mirag, el soberano de esta isla —me explicó el enano que parecía ser capitán del grupo—. Todos los años venimos en esta época, a fin de lacear a los caballos que vienen del mar.

"—¿Del mar? —exclamé, atónito.

"—Sí, extranjero, son corceles mágicos y el rey quiere que los capturemos. Has tenido suerte en arribar hoy a la isla. Esta región permanece desierta durante el resto del año. Nunca habrías hallado el camino hacia la ciudad, que está muy lejos.

"—¿Cuándo surgirán los caballos del mar? —pregunté.

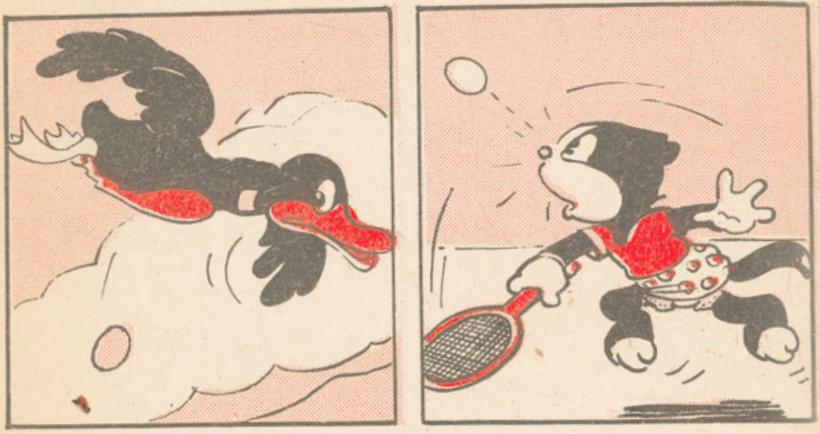
"—Los esperamos de un instante a otro. No trates de ayudarnos porque son muy peligrosos.

"—¿Qué puedo temer de ellos? —protesté.

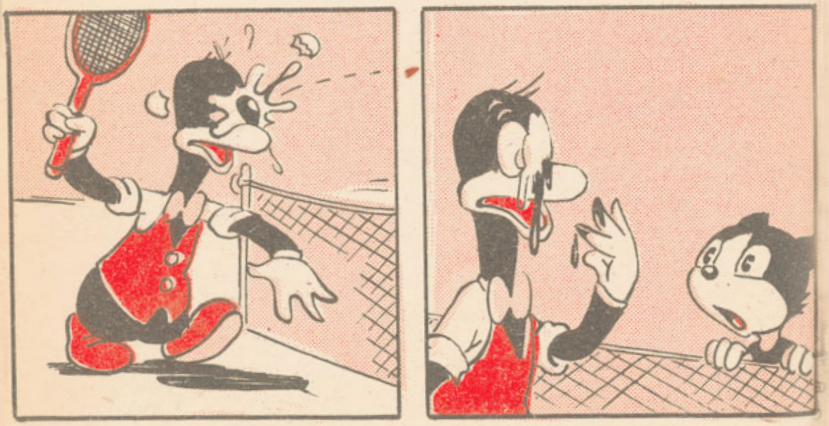
"—Ya te he dicho que son caballos embrujados. Pueden destrozarte con sus cascos si no eres bastante ágil para esquivarlos, o, peor aún, llevarte en su lomo a un lugar donde reinan demonios marinos."

(CONTINUARA)

MUCHI

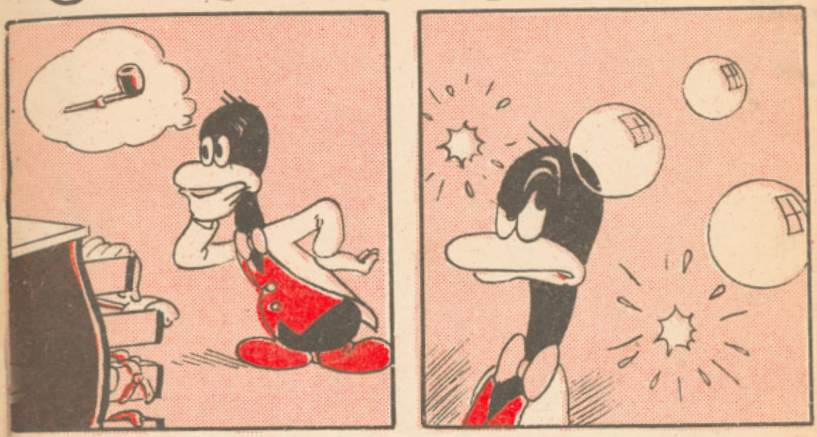


1. La señora pata volaba, cuando de pronto se le cayó uno de los huevos que llevaba para su paseo campestre. Muchi jugaba al tenis y dió impulso al huevo, creyendo que era la pelota.

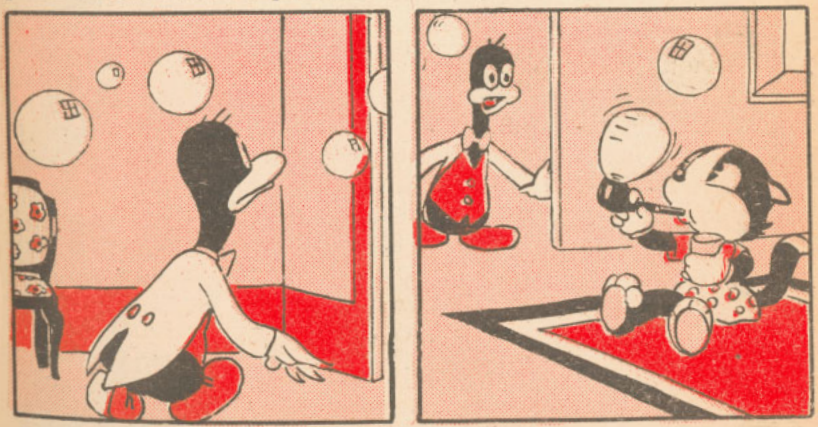


2. El huevo se rompió contra el ojo de Poco. "—¿Qué significa esto? —chilló el pobre—. ¿Estamos jugando al tenis o al pato con mayonesa?" Muchi le miraba con gran asombro.

POCO



3. Para olvidarse de aquel merengue crudo que no le había gustado, Poco buscó su pipa. Registró todos los rincones, pero no pudo encontrarla. De pronto vió burbujas.



4. Siguió aquel rastro, que lo guió hasta donde estaba Muchi. La pícara gatita estaba haciendo globos de jabón en la pipa. "—Ahora no podré encenderla ni a tirones", gimió Poco.

DICK TABÚ

CAPITULO II.—Dick lucha con el gigante Marka

RESUMEN: El colono Hateras, a fin de defender la vida de su único hijo lo declara Tabú. Durante diez años su padre y los negros del kraal adiestran a Dick para que ejerza su misión de semidiós.

Apresurando el paso, el colono Hateras y su hijo Dick entraron a su nueva vivienda.

Poco a poco se fué materializando el sonido de los pasos que el adolescente había escuchado desde la lejanía. Pronto apareció un individuo negro que fué a caer a los pies de Dick Tabú.

El colono Hateras llamó a sus hombres, quienes acudieron con antorchas encendidas. Al examinar al forastero, se advirtió que tenía la espalda cubierta de llagas y el costado abierto por un puñal.

—Fué Gómez —balbuceó el herido—. Se encuentra en el *kraal* de Tuso. Bebió en demasía y se enfureció. Está complotando contra usted, *buana*, y porque yo protesté me azotó y clavó el puñal en mi hígado. Gómez cree que me mató... Sí, sí..., me mató.

Al terminar las frase el negro cayó exánime.

—¿Has oído, Dick? —interrogó Hateras—. Gómez no pierde su tiempo; pero yo iré a sorprenderle esta misma noche.

—Buena idea, padre —expresó el Intocable—. ¿Cuántos hombres llevaremos?

—Tú no irás —ordenó Hateras—. Quiero ajustar solo mis cuentas con el mulato Gómez.

Dick sabía que era inútil argumentar con su padre cuando éste ordenaba algo.

—No te aflijas, niño —prosiguió Hateras con suavidad—. Por el momento me limitaré a ejercer mi autoridad sobre el *kraal* de Tuso y de paso le daré una azotaína a Gómez. Para no alarmar a los nativos iré escoltado nada más que con un guía. Hasta pronto, hijo mío.

—Adiós, padre —respondió el Intocable.

Aquella noche Dick no pudo dormir y al amanecer se levantó inquieto y caviloso.

Los nativos observaban con sorpresa al joven, que siempre se mostraba tan alegre y comunicativo.

—¿Habrán roto el tabú de nuestro Intocable? —se preguntaban ansiosos los labradores—. ¿Por qué se agita como en trance doloroso?

En la tarde el adolescente no soportó más su angustia y convocó a diez de sus cazadores, ordenándoles que aprontaran armas y víveres para una excursión.

Cuando estuvieron reunidos los diez cazadores, Dick les dijo:

—Vamos a partir al kraal de Tuso. Temo que al Gran Buana le haya ocurrido algo malo. Síganme.

Dick no llevaba más armas que un largo puñal. Iba corriendo adelante de sus cazadores y buscando sendas como un gato montés.

Pronto le perdieron de vista los cazadores, quienes siguieron el camino que conducía al kraal de Tuso.

Entretanto el Intocable, más ágil que un gorila, iba saltando de árbol en árbol, con una rapidez nunca igualada por un ser humano.

Para atravesar torrentes colocaba su planta sobre el dorso de un cocodrilo dormido y continuaba sus saltos y carreras por la copa de palmas o cocoteros.

Nada le importaba la obscuridad a ese muchacho de ojos luminosos como los del tigre; él presentía los peligros, evitaba las trampas cubiertas de hojas secas y esquivaba el cuerpo a las cobras y reptiles venènosos de la yungla.

Dick Tabú llegó a una vasta planicie.

—Elefantes —musitó el Intocable—. Una manada salvaje avanza por las riberas del río.

Momentos después escuchóse el ruido formidable de las patas de centenares de paquidermos. Dick Tabú atravesó entre ellos sin miedo y continuó hacia el caudaloso río.

Para franquearlo necesitaba buscar el vado, pues sus aguas estaban encauzadas por altísimas rocas.

El prodigioso muchacho se detuvo a escuchar los mensajes del aire y de las montañas.

—Forasteros en las vecindades —murmuró poco después—. Están custodiando el vado del río.

En efecto, un grupo de negros cantaba y bebía alcohol alrededor de una gran fogata.

Dick Tabú comprendió que el mulato Gómez había colocado allí a esos negros, a fin de que estorbaran el paso de sus enemigos.

—Eso significa que mi padre ha caído en poder de Gómez —re-

ELENA
POIRIER

flexionó el Intocable—, y acaso en estos momentos le esté torturando.
Tal pensamiento infundió nuevo vigor al muchacho, y con paso firme avanzó hacia el grupo que vigilaba la orilla del río.
—Miren —dijo un negro caníbal—, allí viene un niño blanco. Voy a comérmelo asado al palo.
Diciendo esto el gigantesco negro cogió su hacha de guerra y se acercó a Dick Tabú.
El Intocable no manifestó temor ni sorpresa. Sólo su mano apretó el mango del puñal que colgaba de su cintura.
—Soy Marka —dijo el coloso negro—. Yo devoro a mis enemigos y nadie puede vencerme. ¿Me oyes, niño blanco y temerario?
—Si te oigo y te veo —respondió Dick Tabú—. Mi nombre, ¡oh Marka!, es el INTOCABLE. Yo soy Tabú. Desde el día de mi nacimiento he sido tabú para todos los hombres. Rompe ese tabú y morirás.
El guerrero negro se detuvo indeciso. No temía ni a los leones, ni a los elefantes y panteras. Podía luchar contra diez hombres juntos, pero romper un tabú era algo que no se atrevía a efectuar. Su vida y la de sus compañeros dependían de ritos supersticiosos, y si ese niño blanco era intocable por obra de un tabú...
—No le creas —gritaron algunos guerreros—. ¿Desde cuándo un blanco ha sido tabú? Cómetelo, Marka.
Otros aconsejaban prudencia y aseguraban que ellos habían oído hablar del niño blanco que era un sagrado tabú.
Pero los más abogaban porque el coloso Marka matara y se comiera al muchacho.
Marka balanceó el hacha, la hizo girar en semicírculo en el espacio y pretendió descargarla sobre la cabeza del Intocable.
Nadie vió moverse al hermoso muchacho. Con destreza admirable el Tabú alzó la mano que empuñaba el largo puñal y lo clavó en la garganta de Marka.
—Ya lo ven ustedes —declaró *aquel que nadie podía tocar*—. Marka trató de romper el tabú y ha muerto.
Una lluvia de flechas envenenadas cayó sobre el misterioso niño, quien las evitaba como por arte de magia. Si una sola de esas flechas le hubiera tocado, se habría roto el tabú.
Un miedo supersticioso se apoderó de los guerreros negros, mientras que el Intocable, triunfante y victorioso, se colocaba frente a ellos.

—Sois locos —gritó de súbito uno de los guerreros—, y os dejáis embaucar por un farsante. Nada temáis y cogedlo vivo.
Dick Tabú comprendió que era imposible detenerles y dando un gran salto se perdió en la obscuridad.
¿De qué le habría servido la victoria si no podía cruzar el río?
"Iré en busca de los elefantes —pensó Dick Tabú—. Esos animales me ayudarán a pasar el río."
Silencioso cual un fantasma del bosque, corrió en busca de la manada de elefantes y con la astucia de un avezado cazador fué arriándolo hacia el vado del río.
Los elefantes, dóciles al mandato del Intocable, avanzaron hacia el sitio donde acampaban los negros y los hicieron huir despavoridos.
Libre el paso, Dick atravesó el río, y cuando apuntaba el alba llegó al kraal de Tuso. Era éste un miserable caserío indígena formado por veinte chozas de totora. Llamóle la atención no ver a los negros en las faenas habituales.
—Se han llevado a mi padre —murmuró Dick, desesperado—. El mulato Gómez, advirtiendo que mi padre iba hacia él acompañado solamente con un guía, lo hizo prisionero. Maldito sea... Pero yo me vengaré.
Tal como lo suponía el Intocable, el colono Hateras, al llegar con el guía nativo a conferenciar con Gómez, fué aprisionado a pesar de las protestas del visitante, quien dijo al mulato Gómez:
—He venido sin armas ni guerreros a conferenciar contigo y tú me cautivas. Has de saber que yo soy jefe de distrito y que esta ofensa la pagarás con la vida.
—Nada me importan las leyes de los blancos —gritó el mulato Gómez—. Serás mi prisionero hasta que me reveles el secreto de la mina de oro.
—Eso jamás —gritó el colono Hateras.
—Entonces irás a la caverna del río para ser comido por los cocodrilos.
—¡Tuso, auxíliame! —gritó el colono Hateras.
Pero nadie acudió, porque el colono Gómez había embriagado a todos los negros del kraal con bebidas alcohólicas.
Dick Tabú se introdujo al villorrio de Tuso y advirtió que todos los negros dormían amontonados en sus chozas.

(CONTINUARA)

HERNÁN CORTÉS

CAPITULO II.—La gran aventura

Hernán Cortés comunicó a los soldados y aventureros de Santiago de Cuba la hoguera de entusiasmo y audacia que ardía en su propio corazón. Los barcos fletados para la expedición estuvieron dispuestos en breve tiempo. El 18 de noviembre de 1518 levaron las anclas los seis navíos con una tripulación de trescientos hombres que se lanzaban a la conquista de un imperio. Comprendiendo que esta dotación era escasa, Hernán Cortés se detuvo en el puerto de Trinidad y, a son de tambores, pidió más reclutas. El pregonero gritaba:

—¡Enrolaos en la flota del señor don Hernán Cortés! ¡La recompensa es oro y gloria!

Hidalgos de alta cuna y trotamundos poco recomendables se presentaron a sentar plaza. Entre ellos fueron aceptados Irigoyen y Alvarado, leal y recto el uno; feroz y codicioso el otro.
Cortés no hizo distinciones entre ellos. Ambos poseían el brazo duro y resistente para la lucha y el ánimo incontenible del aventurero, para quien no hay barreras. No consideró sus sentimientos personales, sino su calidad de audaces.
Terminados los preparativos, la flota conquistadora emprendió viaje. Contaba ahora con once barcos y quinientos soldados.

En la travesía una furiosa tempestad azotó las carabelas y bergantines. Cuando amainó la tormenta, un gaviero gritó con alegría:
—¡Tierra!
Hernán Cortés palideció ligeramente. Estaba frente a su gran aventura. En ese país habría que luchar contra indios que acechaban al blanco en la espesura de la selva. Habría, tal vez, epidemias que diezmarían el ejército, alimañas venenosas y bestias temibles. Pero la cohorte española desafiaría todos los riesgos y aquella tierra cubierta de oro sería de los conquistadores y de su rey.

(CONTINUARA)

El soldadit

CVENTO D

Los veinticinco soldados de plomo eran hermanos porque habían nacido de la misma cuchara de estaño. Las primeras palabras que oyeron en este mundo fueron:

—¡Ay, qué bonitos soldados de plomo!

El niño que recibió de regalo aquel escuadrón los formó sobre la m sa. El último soldado era tan gallardo como los demás, pero tenía un sola pierna, porque el estaño no alcanzó para fundir la otra.

En la mesa había varios juguetes. El más lindo era un palacio de car tón, y en él suspiraba una princesa, también de cartón, con un vestid de muselina, un manto de color rosa y una corona de lentejuelas.

El soldadito cojo pensó:

"¡Qué hermosa es! Quisiera casarme con ella, pero está demasiado al ta para que yo pueda alcanzarla. Habita en un palacio y yo vivo e una caja de madera con mis hermanos. Es una vivienda tan estrech que nos pinchamos unos a otros con las bayonetas. No es un luga para que duerma una princesa."

de Plomo

ANDERSEN

Aunque no se casara con ella, podía adorarla y la miraba sin cansarse, con sus grandes ojos de soldado alerta.

Una noche se olvidaron de guardarlo en la caja y entonces contempló por más tiempo a la princesa. Al sonar las doce de la noche, los juguetes se pusieron a jugar solos. El polichinela daba saltos locos, el trompo giraba, zumbando de alegría; los veinticuatro soldados encerrados trataban de salir, pero no pudieron levantar la tapa. Unicamente el soldadito y la princesa permanecieron inmóviles, mirándose.

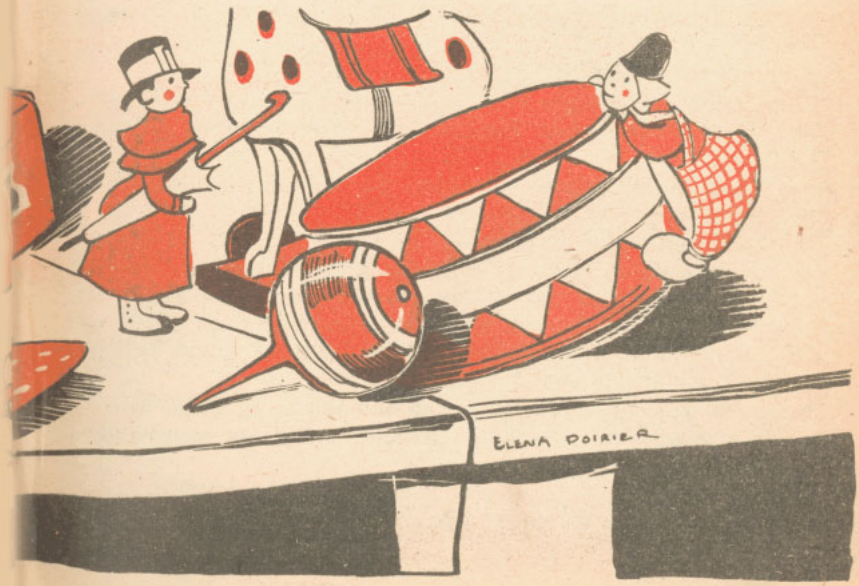
Un duende rojo, que tenía un resorte en vez de piernas y que vivía dentro de una caja de sorpresas, saltó de pronto:

—¡No mires a la princesa! —chilló furioso.

El soldadito no respondió.

—¿Me desafías? Ya verás. Yo tengo un poder oculto.

El valiente militar no se dignó mirar a su enemigo. El duende no tenia dientes para rechinar de rabia, pero, en cambio, hizo rechinar el re-



sorte. Ni aun entonces nuestro héroe de plomo volvió la cabeza. ¿Qué le importaban las amenazas de un gnomo cuando ante él sonreía la princesita de cartón? ¡Qué bella se veía a la luz de la luna, con su corona fulgurante! El duende rechinó de nuevo, furioso, y se hundió en su caja para rumiar una venganza terrible.

Al día siguiente la criada, mientras limpiaba la habitación, dejó al soldado en el borde de la ventana. De pronto sopló una ráfaga de viento (creo que fué el duende rojo el autor de aquella fechoría) y nuestro soldadito cayó al vacío. Su cabeza, morrión y bayoneta desaparecieron en la tierra. Sólo sobresalía, muy orgullosa y derecha, su única pierna.

La criada y el niño bajaron inmediatamente a buscarlo, pero no lo encontraron.

Más tarde, unos muchachos que pasaban lo vieron.

—Lo pondremos de capitán en nuestro barco —dijo uno de los pilluelos, y colocó al soldado en un barco de papel que navegó por el arroyo y desapareció de pronto por un canal. Reinaba allí la obscuridad y el soldado pensaba:

"El duende me echó un maleficio."

De repente una gran rata que vivía entre las piedras del desagüe ordenó:

—Enséñame tu pasaporte.

Y la rata aduanera miraba con furia aquel bote que tenía trazas de ser contrabandista. Los bigotes del roedor estaban erizados de cólera.

Nuestro héroe no se dignó responder. Su dignidad militar no le permitía mezclarse con animalejos.

La barquilla logró huir a favor de la corriente, pero de pronto empezó a llenarse de agua. El soldado pensó poner un reclamo a los astilleros que tan mal habían construído aquel barco. De pronto, el militarcito cayó al fondo del canal. Cuando iba a sepultarse en el cieno y desaparecer para siempre, sintió que un pez lo devoraba de un solo bocado.

Aquel pez mordió un anzuelo y fué llevado a la feria. Allí lo compró la cocinera de la casa donde aún vivían los veinticuatro hermanos de nuestro héroe.

En la mesa, vió con emoción a la princesa de sus sueños, cuyas mejillas de cartón se tornaron más rojas, pues también ella estaba emocionada.

Uno de los niños sintió de pronto un impulso malvado. (El duende rojo le sugirió esa idea.) Cogió al soldado y lo lanzó a la chimenea, diciendo:

—A ver si se libra del fuego, como se salvó del agua.

Nadie alcanzó a rescatarle. El soldado sintió que empezaba a fundirse, pero no soltó el fusil. Se abrió la puerta de repente y un ventarrón se llevó a la princesa que, atravesando el aire como una golondrina, cayó en la chimenea, junto a su querido soldado de plomo, y se inflamó.

El militarcito se derritió con lentitud, y, al siguiente día, cuando la criada removió la ceniza, encontró los restos del estaño que habían tomado la forma de un corazón. De la linda princesa sólo halló la coronita de lentejuelas.

MANUEL RODRIGUEZ

La historia transmite muchas aventuras de Manuel Rodríguez. En ellas aparece su físico volteado a voluntad del guerrillero, su alma en plena hoguera y su amor a la patria y al peligro.

Marcó del Pont, que gobernaba la Colonia chilena en nombre del rey de España, decía enfurecido:

—¿Cómo es posible que tres mil hombres que yo he mandado en su persecución no puedan cogerlo? Capitán San Bruno, basta de desórdenes. Oprimiré en tal forma a los patriotas, que no he de dejarles siquiera lágrimas que lloren. ¿Sigue levantada la horca en la plaza?

—Sí, Su Señoría. Pero el verdugo está enfermo.

—Busquen otro inmediatamente.

Aquella tarde, los sorprendidos habitantes de Santiago vieron un verdugo bisoño que llegaba a la plaza para ensayar su oficio colgando carneros, como si fueran patriotas. Un rotito con calzones de rayadillo azul y manta hilachenta censuró:

—¡Media gracia! Bonita la diversión...

Cruzó la plaza y se detuvo ante la catedral. En ese momento el Presidente salía de oír misa. El roto, quitándose el chupallón de pita, abrió la portezuela de la carroza y se inclinó en un saludo profundo. Marcó veía la mano mugrienta sobre el bruñido metal de su carruaje. Pero la actitud del súbdito era tan respetuosa, que no pudo enfadarse. ¡Pobre hombre! ¡Si fuesen como éste los indecentes revoltosos que traían de cabeza a los fieles vasallos del rey!

Conmovido por el humilde halago del roto, dejó caer una moneda en el chupallón. Luego subió al estribo y, antes de alejarse, aun tuvo tiempo de apreciar que su rendido siervo era un hombre joven, de rostro fino y ojos que brillaban con extraño relumbre...

Manuel Rodríguez chasqueó los dedos regocijado. Después, hundiendo la moneda en el bolsillo de su pantalón, se alejó con alegre andar.

En los blandos cojines de su coche, Marcó del Pont soñaba con un pueblo que le servía de rodillas. Olvidó en ese momento que

se desesperaba ante las murmuraciones que corrían sobre Manuel Rodríguez:

"Iba disfrazado de arriero... Iba disfrazado de viejo... Iba disfrazado de fraile..."

A este murmullo se agregaría ahora otro:

"Iba disfrazado de roto, abrió la puerta de la carroza de Marcó del Pont, y él, sin reconocer a su burlón enemigo, le dió una moneda..."

El guerrillero desapareció por unas callejas extraviadas.

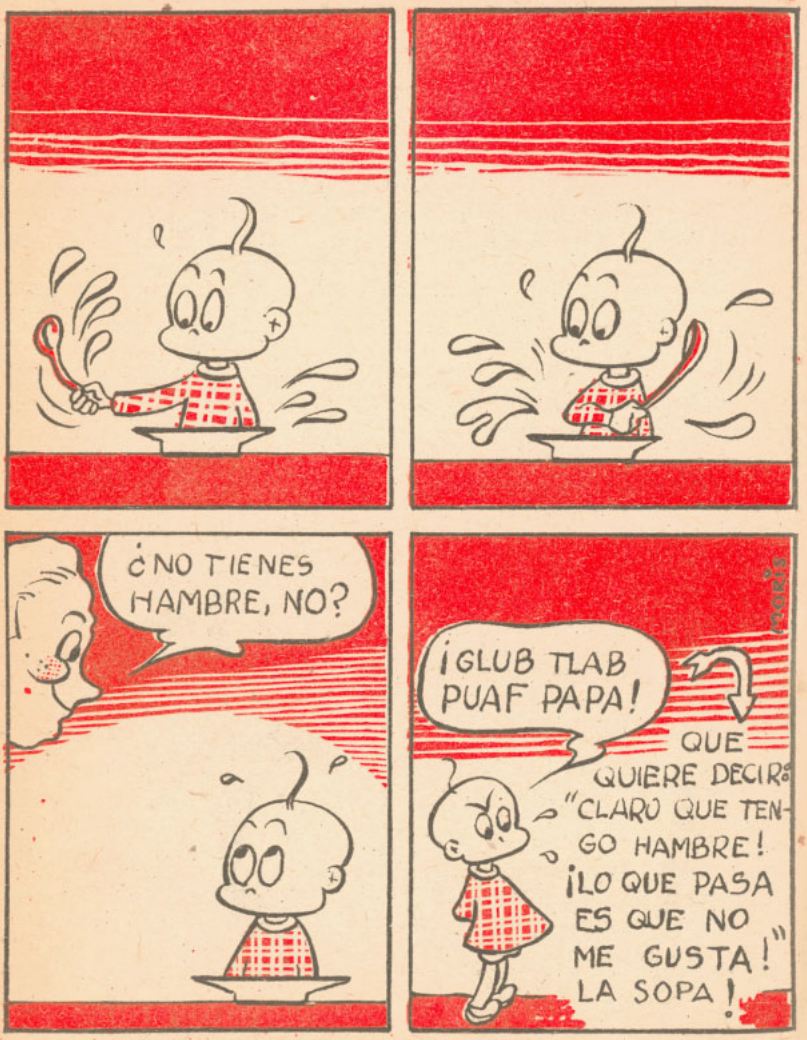
Esa noche departía con los soldados de Marcó del Pont en una reunión chimbera. El, con su uniforme blanco y azul, era quien lanzaba las risas más altas, bailaba las zamacuecas más animadas y decía los más agudos requiebros a las m o z a s mientras oía las conversaciones de los Talaveras.

—Si parecía mesmamente un maturrango —comentó al dia siguiente una vendedora ambulante que era aliada del guerrillero—. Se veía igualito a los demás y creo que sólo le faltaba la cola de quirquincho que tienen esos "coludos" de San Bruno.

Así era Manuel Rodríguez, para quien no existió un disfraz que no pudiese usar, ni un enemigo de quien no pudiera burlarse.

KETMIS.

TOMITO


¿NO TIENES HAMBRE, NO?
¡GLUB TLAB PUAF PAPA!
QUE QUIERE DECIR: "CLARO QUE TENGO HAMBRE! ¡LO QUE PASA ES QUE NO ME GUSTA! LA SOPA!

Centelleante

CAPITULO II.—Los saltimbanquis

RESUMEN: Fernando Vilches, su esposa paralítica y sus seis hijos están sumidos en la más negra miseria. Lidia, la hija mayor, de diez años, efectúa todos los menesteres de la casa y desea entrar a un circo.

Julio Salvador, empresario del circo ambulante, se había fijado en la hermosa niña que leía ávidamente el cartel donde solicitaban bailarinas ecuestres.

—¿Te gustaría actuar en mi compañía, pequeñuela? —preguntó Julio Salvador a Lidia Vilches.

La niña, toda confundida, no acertó a responder y siguió su camino, como si fuera huyendo de un peligro.

—Bautista —preguntó Julio Salvador a un campesino—, ¿quién es esa chica tan linda?

—Es hija de un labrador cargado de hijos y que está casi en la miseria.

—Yo podría aliviarles —insinuó Julio Salvador—, si ese individuo quisiera escucharme.

—¿De qué manera?

—La chica ésa es encantadora; sus gestos. graciosísimos. Con un lindo traje y las lecciones de mi mujer...

—¿En qué piensa, amigo Julio? —interrogó el campesino Bautista.

—Nada preciso por el momento —indicó Salvador—. Necesito hablar primero con la Conchita. Me infunde compasión esa niñita tan pálida... Acaso no se alimenta... Pobre gente, pobre gente...

El hipócrita español fingía compasión, pero en sus pupilas había crueldad y codicia.

—¿Qué se habrá imaginado ese godo? —murmuró el campesino

Bautista, alejándose—; la hija de mi compadre Fernando no es una saltimbanqui.

Si hubiera penetrado al carromato y escuchado la conversación de Julio Salvador con su mujer, se habría cerciorado de las intenciones de aquel individuo.

Conchita era una antigua bailarina, que en su juventud debió ser hermosa. Al presente semejaba una gitana de tez curtida por el sol; su silueta obesa le daba un aspecto envejecido. Esta circunstancia lastimaba su vanidad y la inducía a odiar a las personas jóvenes y bonitas. Sus ojos bordeados de grandes ojeras tenían una expresión malvada y dura.

—¿Por qué has tardado tanto, Julio? —preguntó la mujer.

—Tengo un buen negocio en perspectiva —respondió el saltimbanqui—. Ahora que ha fallecido Griselda, nuestra bailarina ecuestre, el espectáculo circense desmejora mucho. Espero tener una reemplazante que no nos costará mucho dinero, pero...

—¿Pero qué? —indagó la mujer, con gesto adusto.

—No te enojes, Conchita —suplicó Julio Salvador—. Si tenemos la suerte de contratar a una chica que he visto hoy, espero que no la tratarás como a la pobre Griselda.

—Para adiestrar a una artista es preciso ser dura y exigente —expresó Conchita.

—Pero no es necesario pegarle por un sí o un no.

—Era tan porfiada —insinuó la mujer.

—Griselda no tenía padre ni madre —prosiguió Julio Salvador—, y nadie podía reclamar, mientras que la chica que tengo en perspectiva no es huérfana. Necesitamos una bailarina joven además de los dos luchadores y del payaso, que es notable, pero necesitamos dar nuevos atractivos al espectáculo.

—Di de una vez que yo tengo cien años —rugió la mujer, profundamente herida.

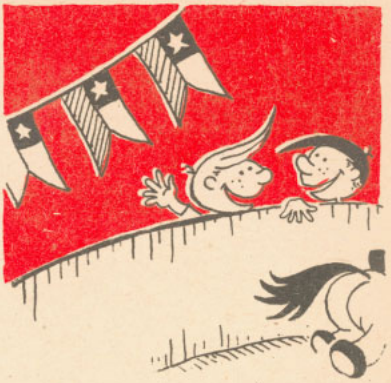
Julio Salvador no insistió más, y al día siguiente llegó a casa de Fernando Vilches con un gran cesto que depositó sobre la mesa ante la mirada ávida de los seis hijos de Vilches.

—Un instante —dijo Salvador a los chicos—. Señorita Lidia, traigo para usted un lindo vestido de seda y zapatos de terciopelo. Me gustaría que pasara al cuarto de su madre y se lo probara. Ahora cómanselo, niñitos.

Fernando Vilches miraba la escena con la sorpresa que es de suponer.

(CONTINUARA)

LOS MELLIZOS



1. Estrellito y Celestín, los mellizos angelicales, miraban al huaso que perseguía a una vaquilla por la media luna. "—El tonto grandote asustando a la hija menor de la señora vaca —dijeron—. Vamos a buscarle un toro de este porte para que aprenda."

2. "—En el cámpiro hay toros —dedujo Estrellito—. Si el toro es naturista, seguirá a esta zanahoria." Ató una zanahoria a un palo y atrajo a un animal que pastaba por ahí cerca. "—Ven, torito, al rodeo del Dieciocho. Un huaso quiere jugar contigo."

ESTRELLITO y CELESTÍN

3. "—Llame a su mamita para que lo defienda —gritaron los mellizos al huaso—. ¡Allá va, allá va! Ahora no puede seguir rodeando, sino rodando por el suelo. Baile cueca con el toro." Pero al cuadrúpedo no le gustó aquella pareja y rompió la quincha.

4. Estrellito y Celestín huyeron pativolando porque aquel toro mala gente los perseguía. Los chicos tuvieron que subirse a un árbol y por supuesto que allí no se sentían muy enfiestados, ni el toro los dejó bajar para que celebraran el Dieciocho.

Ives el indomable

RESUMEN: En la corte del rey Arturo, Ives castiga a un soldado que maltrata a una anciana mendiga. El rey impide que el mancebo sea acribillado por las lanzas y le interroga. Al saber su nombre, palidece de furia porque descubre que él es hijo de su hermana la princesa Ghislene. Ella, por haberse casado con un leñador, se vió obligada a huir del palacio real. Arturo jura matar a la princesa. Extrae su puñal, pero Ives, que está maniatado, le muerde la mano.

CAPITULO II.—Los piratas vikings

El rey Arturo, con el rostro contraído de cólera, permaneció inmóvil mirando el enjoyado puñal que yacía en el piso. Después alzó sus ojos. Destellaba en ellos la ira, pero también la admiración.

—Tienes el espíritu indomable que debe animar a los Caballeros de la Mesa Redonda —pronunció lentamente—. Ives, no perseguiré a tu madre si te quedas en mi corte. Aquí te adiestrarás para ganar las espuelas de oro de la caballería andante.

—Puedo defender a mi madre de tu injusto rencor y puedo también aprender solo el manejo de las armas. Tú protección no la necesito.

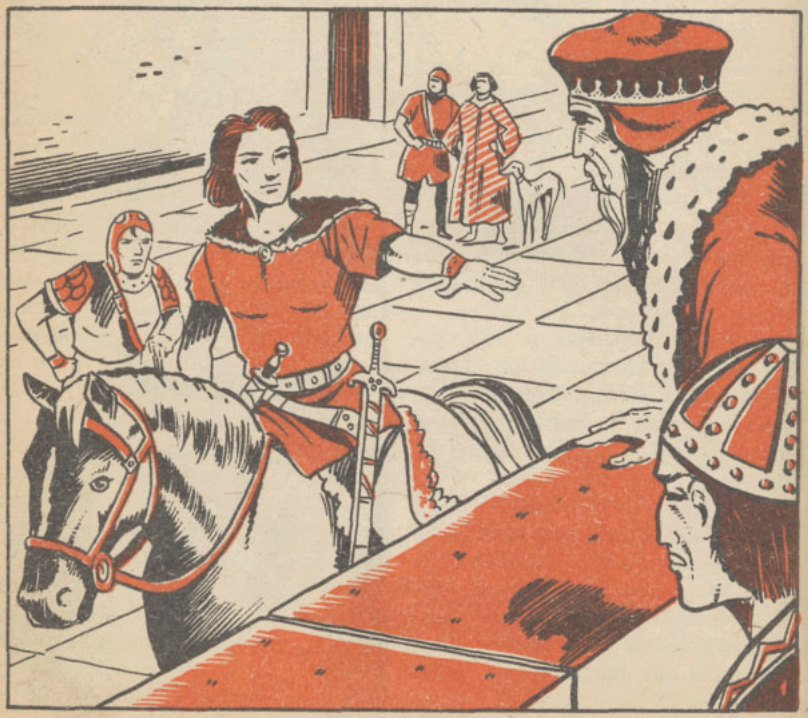
—Está bien, Ives. Vete, pero pronto. Nunca supe contener mi furor y el esfuerzo que estoy haciendo ahora, es demasiado grande.

El joven se marchó y desde ese día se adiestró en el bosque.

Dirigido por su padre, Ives adquirió gran habilidad en el manejo de las armas y aprendió la consigna del caballero: proteger al débil y castigar a los felones.

Un día el castillo de Tintagel se conmovió con una noticia terrible: los vikings, los despiadados corsarios escandinavos, habían desembarcado en la costa e iniciaban su ruta de saqueo y matanza. El rey convocó a sus consejeros: Lanzarote, Bedi-

vere, Modredo y Gauvain. La situación era desesperada. La flota real había sido aventada por el empuje de los piratas nórdicos.
—¿Qué espada nos defenderá? —preguntó el rey—. Estamos lejos de Camelot, la cuna de la caballería.
—¡Yo tengo un ejército y puedo rechazar a los invasores! —gritó una voz vibrante, que repercutió en el patio de piedra, levantando ecos de triunfo, allí donde minutos antes sólo se oía el entrechocar de armas que se preparaban desconcertadamente y el murmullo medroso de los que no confiaban en la victoria.
—Rey Arturo —prosiguió Ives—. Los hombres del bosque forman mi hueste. Hablé con mi madre, la princesa Ghislene, y ella me convenció de que era mi deber ofrecerte mi espada. Esperamos tu licencia para cabalgar hacia la costa.
El soberano contestó:
—Detente sólo el tiempo necesario para que la mano de tu rey



te arme caballero y en seguida parte con tu mesnada y con mi pequeño grupo de sires, cuyas espadas son invencibles.

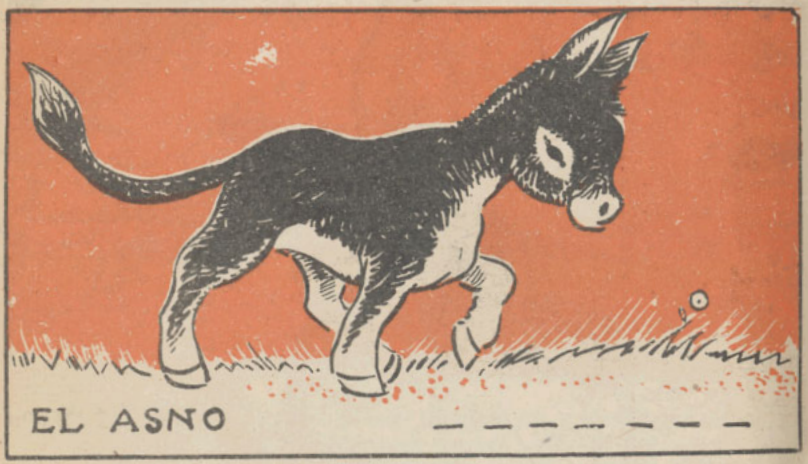
Era preciso actuar con rapidez. La ola de invasores amenazaba las villas cercanas al castillo. Los vikings, raza de corsarios, que llevaban a todas las costas la bandera del terror, venían comandados por el audaz Ragnar, un gigante rubio, cuya espada jamás se envainó sin estar teñida con la sangre del adversario. Los navíos, con sus mascarones enormes que representaban serpientes y monstruos de mar, fondeaban en cada ensenada para recibir el botín. Los incendios enrojecían el cielo. Desaparecían entre las llamas las casas y los sembradíos. La desolación y la ruina indicaban el paso de los vikings. Parecía imposible que alguien pudiese detenerlos. Ives el Indomable intentaría la proeza y sus hombres, hábiles para tirar el puñal y enarbolar el garrote, le secundarían.

Llevando como un escudo invisible la bendición de la princesa Ghislene, Ives marchó con su ejército. El combate sería épico y perduraría en la historia, a través de cantos de trovadores y de leyendas heroicas.

(CONTINUARA)

¡GRANDES PREMIOS!

CONCURSO COMPLETE LA FRASE



¿Puede decirnos qué voz emite el asno? Compruebe si está bien su solución escribiéndola en los guiones del dibujo. Luego remítala en una hoja a la revista "Simbad", Casilla 84-D, Santiago.
Entre los lectores que envíen soluciones exactas se sortearán semanalmente los siguientes premios: 25 paquetes "Vitalmín Vitaminado", 1 pelota de futbol, 3 camisas polo, 1 juego ping-pong 2 pares zapatillas sport y 6 toallas.
Además de los premios ya anunciados, LA CASA GARCIA, de Alameda Bernardo O'Higgins esq. Av. España, dará un premio semanal.
¡Apresúrese a enviar su solución y gánese uno de los magníficos regalos que obsequia "Simbad"!
Adquiera su número de "Simbad" antes de que se agote. Tenga presente que cada semana tiene la oportunidad de obtener un magnífico regalo. Aguce su ingenio en provecho de su bolsillo. Remita oportunamente su solución.
En la revista publicaremos los nombres de los agraciados.

Empresa Editora Zig-Zag, S. A. — Santiago de Chile, 1949